c

LA ACCION DE VILLALAR.

DRAMA HISTÓRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

DON PEDRO CALVO ASENSIO.

Este Drama se representó por primera vez con estraordinaria aceptacion en Madrid, en el teatro de Variedades, en Mayo de 1844.



MADRID.

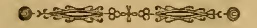
IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1844.

PERSONAS.	ACTORES.
ELVIRA, *condesa de Tordesillas, é hija del marques de Denia.*	Doña Josefa Rizo.
LEONOR, *doncella de Elvira.*	Doña Juliana Mora.
DON FERNANDO, *hijo del conde de Haro, y uno de los gefes de los comuneros.*	Don Juan Alba.
DON PEDRO, *conde de Haro, y gefe principal de las fuerzas imperiales.*	Don Antonio Rodrigo.
DON BERNARDO SANDOVAL, *marques de Denia, y gefe tambien de los imperiales.*	Don Miguel Bailon.
RUIBLÁS, *oficial de los imperiales.*	Don Eugenio Camino.

Gefes, Oficiales, Soldados imperiales, Gente del pueblo.

La accion pasa en Villalar, á principios del año de 1521.



A D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Las mas estrechas simpatías y el cariño mas acendrado son el móvil poderoso que me decide á dedicarte el escaso fruto de mis tareas, como una ofrenda de la mas santa y recíproca amistad. Confiado estoy en que le acogerás con la pureza de sentimientos con que te le dedica tu eterno amigo

PEDRO CALVO ASENSIO.





Salon en Villalar, en donde estan aposentados el conde de Haro y el marques de Denia. Puerta al fondo que conduce á las habitaciones que dan salida al campo. Puerta lateral derecha que conduce á las habitaciones interiores. Otra lateral izquierda. Por la puerta del fondo se ven cruzar varios oficiales, lo mismo que á dos centinelas que en dicho punto y de parte afuera habrá. Es de noche. Encima de las mesas habrá antiguos pero elegantes candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE HARO. EL MARQUES DE DENIA.

Conde. Es una afrenta horrible, dolorosa,
un oscuro borron, una mancilla
que oprime al corazon grande, orgulloso,
que en ser fiel á su rey su gloria estriba.
Marques. Nunca, nunca, don Pedro, la imprudencia
de un hijo ingrato, que el deber olvida,
menguará vuestros timbres esplendentes
ni vuestro pundonor y bizarría.
Os llaman con razon el invencible,
y el leal á su rey os apellidan.
Conde. ¿Y qué valen mis hechos anteriores,
mis lauros, mis hazañas conseguidas,

Elvira. Cuando la pena fatiga
y está constristado el pecho,
no siempre el mullido lecho
nuestros pesares mitiga.
Marques. Con un padre que te adora
y que vigila por tí,
¿qué puedes temer aqui?
Elvira. Cuando está tan cerca la hora
en que el enemigo bando
contra vos su hierro afila,
¿puede Elvira estar tranquila
y serena descansando?
No, mi padre, no, no puedo:
porque si os llego á perder,
¿de vuestra hija qué va á ser
si sola en el mundo quedo?
Cuento, padre, entre temores
los instantes que se van,
que á reemplazarse vendrán
por otros ¡ay Dios! de horrores.
Marques. Tranquilízate, hija mia,
que hoy me cubriré de gloria
alcanzando la victoria
sobre esa caterva impía.
Y de Villalar los llanos
serán teatro sangriento
do sufran el escarmiento
los comuneros villanos.
Elvira. ¿Y si de gloria ambicioso
con las huestes que acaudilla
ese valiente Padilla
sale en la lid victorioso?
¡Qué de estragos! ¡qué de horrores!
¡Qué penoso desconsuelo!
Marques. Nunca favorece el cielo
á los que al rey son traidores.
Elvira. Mas ellos dicen defienden
de sus pueblos los derechos.
Marques. Pronto se verán deshechos
los que ser libres pretenden.
Nunca un pueblo al rey provoca,
que es la voluntad del rey

para sus vasallos ley;
y el obedecer los toca.

Elvira. Las demasías tal vez
de un gobierno que ha abusado
de su poder, y ha tratado
al pueblo con altivez,
serán causa de la lucha.

Marques. Aunque al pueblo se avasalle
por su rey, que sufra y calle,
que su impiedad nunca es mucha.
Pero don Pedro, hija mia,
la línea va á revisar
para el combate empezar
á la alborada del dia,
y acompañarle es razon;
con que hasta luego, mi Elvira.
Tranquilízate y respira
ensanchando el corazon.
Que hoy la atrevida canalla
besará servil el suelo.

Elvira. (Nunca lo permita el cielo.)
Pero antes de la batalla
¿os vendreis á despedir?

Marques. Sí, mi bien, vendré á abrazarte,
y última vez á jurarte
que voy gloria á conseguir
á rebeldes destrozando
sin piedad para ninguno.

Elvira. Tenedla al menos para uno.

Marques. ¿Para quién?

Elvira. Para Fernando.

Marques. Como todos morirá.
El conde lo ha prometido.

Elvira. Injusto su padre ha sido.

Marques. Es noble, y lo cumplirá.
No transige con traidores,
porque su honor es primero;
y si hoy no ofrece su acero
que tema nuestros rigores.
Si asi lo hace, yo me obligo
á ser su escudo en Castilla;
mas si sigue con Padilla

es seguro su castigo.

Elvira. ¡Qué terrible es la sentencia!

Marques. No pueden los imperiales
transigir con desleales:
que paguen, pues, su imprudencia.
Mas el tiempo vuela; voy
á don Pedro á acompañar:
procura al fin descansar,
que yo á tu cuidado estoy.

Elvira. En que no falteis confio
antes de rayar el dia.

Marques. Hasta entonces, hija mia.

Elvira. Dios os guarde, padre mio.

(*Se va por la puerta del fondo, cerrándola tras de sí.*)

ESCENA III.

ELVIRA.

¿Puede haber mas desventura
para una infeliz muger
que haber llegado á entrever
un ensueño de ventura
y de un soplo perecer?
¡Tener en pugna su amor
con el cariño de un padre,
sin que á este acerbo dolor
haya calmante que cuadre
á mitigar su rigor!
Si el imperial arrogante
á su enemigo derrumba,
cadalso hallará mi amante;
y si este sale triunfante
mi padre hallará su tumba.
En tanto á Fernando adoro
mientras mi padre es mi bien,
y con este ardiente lloro
por los dos al cielo imploro;
que me aman los dos tambien.
Pero... ¡qué idea, Dios mio!
si en medio de mi dolor
fingiendo en él un desvío
rindiera su poderío

poniendo en juego mi amor...
(*Pausa.*)
Mas... el momento ha pasado
y á la cita no ha venido:
si aun llegando disfrazado
de su trage han sospechado,
le habrán tal vez sorprendido.
Ó acaso... ¿Leonor? (*Llamando.*

ESCENA IV.

ELVIRA. LEONOR.

Leonor. Señora.
Elvira. ¿No se ha oido la señal?
Leonor. Nada se ha oido; y la hora...
(*Se oyen dos palmadas hácia la puerta de la izquierda.*)
Elvira. Si yo no he escuchado mal,
Leonor, ha sonado ahora.
Leonor. Voy á ver.
Elvira. Ten gran cuidado,
no lo advierta el centinela.
Leonor. El de hoy le tengo comprado,
y en nuestro provecho vela.
(*Suenan segunda vez las palmadas.*)
Elvira. Segunda vez ha sonado.
(*Leonor entra por la puerta de la izquierda, por donde despues sale Fernando.*)

ESCENA V.

ELVIRA.

Él es; y á verme vendrá
como siempre enamorado,
y jamas desistirá
del partido que ha jurado,
y con honor morirá.

ESCENA VI.

ELVIRA. FERNANDO, *embozado.*

Elvira. Fernando, mi bien.
Fernando. Mi encanto.
Elvira. Por tu tardanza temia,
porque va á rayar el dia.
Fernando. Cuánto lo deseo, cuánto.
Elvira. ¡Ingrato! y con tanto anhelo
de mí ausentarse desea
por correr á la pelea
burlando mi desconsuelo.
¿Y eres quien amor me jura?
No es cierto ese amor, Fernando;
y ahora me lo está probando
tu impaciencia.
Fernando. ¡Qué locura!
Elvira, mi amor, mi dueño.
¿De mi fé puedes dudar?
Elvira. He llegado á sospechar
que ese amor solo es un sueño.
Que tú obsequioso y galante
finges á la triste Elvira
tu cariño, y es mentira
que tú la adoras constante.
Fernando. ¡Ah! Por piedad...
Elvira. (Cuánto me ama.)
Fernando. No destroces sin razon
el mas fino corazon
que ha idolatrado á su dama.
¿Y dudas de mí? ¡Oh dolor!
¿Y asi me ofendes, Elvira?
¿Y lo has pensado? Mentira,
no dudas tú de mi amor.
No, mi encanto; que no ignoras
que solo por tí he cruzado
este campo, disfrazado,
con peligro á todas horas.
¿Y por quién en este instante
cuando la accion va á empezar
puedo mis filas dejar

sino por tí, por mi amante?
Por verte, y luego esclamar:
«Elvira, al combate voy;
»antes á tus pies estoy,
»luego á morir ó triunfar.»
Y si el cielo quiere al fin
otorgarme la victoria,
rendirte lleno de gloria
los despojos del botin.
¿Podrás negar esto?

Elvira. No.

Fernando. ¿Y querrás mas pruebas?

Elvira. Sí.

Fernando. Habla, y exige de mí.

Elvira. Una.

Fernando. Cuantas pueda yo.
Habla, y con tu acento grato,
flor del cielo bendecida,
pide mi sangre, mi vida,
que tu voz es mi mandato.

Elvira. ¿El concedérmelo juras?

Fernando. Lo pides tú, y es bastante.

Elvira. Como noble y como amante
¿esa palabra aseguras?

Fernando. Bien lo sabes, alma mia.

Elvira. De mis sospechas me curo
si me lo juras.

Fernando. Pues juro
por el combate del dia.

Elvira. Si estás con Venus hermosa,
(*Con coquetería.*)
dejarás á Marte á un lado;
porque este es feo y airado,
y aquella tierna, amorosa.

Fernando. Pues por tu amor ha de ser:
¿cuál es la prueba? responde.

Elvira. A mí mandar corresponde.

Fernando. Y á mí solo obedecer.

Elvira. Pues sin replicarme escucha:
horroroso, ensangrentado
ha de ser el resultado
de la encarnizada lucha.

Si saliese victoriosa
de don Carlos la nobleza,
peligra vuestra cabeza;
pero... con muerte afrentosa.
Nuestros padres gefes son
de las tropas imperiales,
y han jurado ser leales
y estinguir la rebelion.

Fernando. Leales, no; di mejor
de un tirano esclavos viles,
y que se arrastran serviles
de sus pies en derredor.
Y que sus vicios, su gusto,
se los aplauden y callan,
y de esta suerte avasallan
con un despotismo injusto
á los pueblos sufridores,
que sin su orden no se mueven;
y si á respirar se atreven,
luego son viles, traidores.

Elvira. No hablar, sino obedecer,
ahora te toca, Fernando.

Fernando. Manda, Elvira, que esperando
estoy ya lo que he de hacer,

Elvira. Pues bien; en este momento
tu acero ha ser entregado
á tu padre, que obligado
estás por tu juramento.

Fernando. Elvira, Elvira.

Elvira. ¿Rehusas?

Fernando. ¿Y en un grande corazon
puede existir la traicion?

Elvira. ¿Luego el juramento escusas?

Fernando. ¿Y puede, Elvira, existir
en un pecho generoso,
si al cumplirlo le es forzoso
sin gloria y honor vivir?
¿No se lo hice yo á Padilla
de conquistar á su lado
los derechos que han hollado
á los pueblos de Castilla?
¿Y de evitar el desdoro

con que el flamenco la aterra,
llevando el vil á su tierra
rios de plata y de oro?
Y mientras la gente estraña
con lo nuestro se enriquece,
yerma queda y se empobrece
nuestra desgraciada España.
El rico, el noble, el pechero
redúcense á la indigencia,
mientras que con su opulencia
nos insulta el estrangero.
Y si reclama justicia
al mismo Guillermo Croi
un cualquiera, «te la doy,»
contesta el vil con malicia.
Si á nuestra ambicion halagas
luego servido serás,
y la justicia tendrás
si de antemano la pagas.
¡Bárbaros! ¿y sufriremos
su insolencia desmedida?
No, no, que con nuestra vida
su poder derrocaremos.
Y si nuestros pechos bravos
no adquieren la bella banda,
morirán en la demanda
como libres, y no esclavos.

Elvira. ¿Al amor has postergado?

Fernando. Mucho te adoro, mi bien;
pero antes morir tambien
por mi patria habia jurado.

Elvira. Ya en tus palabras no creo:
tu amor es una ficcion;
yo te entregué el corazon,
y despreciado lo veo.

Fernando. Elvira, juzga serena
y observa mi proceder.

Elvira. Deja á una infeliz muger
con su dolor y su pena.

Fernando. Pero, mi amor...

Elvira. Calla, ingrato,
no profanes ese nombre.

Fernando. Elvira, ¿y dudas del hombre
á quien tu voz es mandato?
Elvira. Bien lo prueba en este instante.
Fernando. Bien lo prueba, sí, muy bien;
que es muy precisa tambien
la honradez en un amante.
¿Pues qué, pudieras amar
á hombre falso, envilecido,
que hubiese ingrato vendido
lo que debió respetar?
¿Y fuera tu amor tan puro,
angel de Dios inocente,
si mirabas en su frente
el vil sello de un perjuro?
No, Elvira, no, que tu seno
de inocencia y de candor
reserva solo su amor
para el honrado y el bueno.
Serena, mi bien, respira;
habla, dime tus antojos,
y calmaré los enojos
de tu corazon, Elvira.
Habiendo honor, pide, sí,
que obedecerte es muy justo,
cuando solo á darte gusto
á estas horas vine aqui.
Dime: «con brava pujanza
»desarma á cien imperiales,
»y en el centro de sus reales
»blande triunfante tu lanza.
»Y que orgulloso despues
»por la victoria primera,
»el fleco de su bandera
»venga á poner á tus pies.»
Todo eso, sí, lo verás,
si en la demanda no muero;
pero... que venda mi acero
á mis contrarios, jamas.
No es posible transigir
con los viles opresores,
y á los que llaman traidores
han de vencer, ó morir.

Elvira. No hay cosa que á tí te cuadre
como destruccion, matanza;
¿y dirigirás tu lanza
contra tu padre ó mi padre?
¿Y con tu fiera bravura
tu sangre derramarás,
y con gozo verterás
la de quien eres hechura?
Fernando. No, mi amor: son mis deseos
su ejército derrotar,
y con mi bridon hollar
sus banderas y trofeos.
Pero va con mi furor,
cual en corazon de niño,
para mi padre el cariño,
para mi patria el honor.
Y si peligra su vida
á su lado volaré,
y en mi pecho detendré
cualquiera lanza atrevida.
Mas si vence nuestro brio,
aunque cuartel no se dé
la vida les libraré
á vuestro padre y al mio.
Elvira. A tu esfuerzo generoso
mal tu padre corresponde,
porque el vengativo conde
jura tu muerte furioso.
Perdon de él no alcanzarás
si tu triunfo fuese falso,
y en afrentoso cadalso
como traidor morirás.
Él lo ha jurado, y su encono
nadie puede resistir.
Fernando. Si llegase asi á morir
como bueno le perdono.
Si pereciese en campaña
muero con gloria y honor,
pensando solo en tu amor
y en la desgraciada España.
Y si caigo prisionero
y un patíbulo me espera,

aunque como traidor muera
perezco por comunero.
Y para la edad futura
que en la nacional historia
iré cubierto de gloria
mi corazon me asegura.
Mas... si bondadoso el cielo
favorece hoy á Padilla,
la libertad de Castilla
queda arraigada en su suelo.
Y entonces tú, dueño mio,
mandarás á discrecion
en mi mano y corazon
rindiéndose á tu albedrío.
Olvidaré la campaña,
dejaré de ser guerrero,
pues que aseguró mi acero
la libertad de la España.
Hasta tanto favorece
de mi pecho la hidalguía.

Elvira. Te ciega tu bizarría.

Fernando. Con tu voz mi valor crece.
Mas ya es hora de partir,
que está cercana la aurora,
y trae consigo la hora
de empezar á combatir.

Elvira. Fernando, conmigo lucha
un pensamiento funesto.

(*Se deja oir un clarin en el campo vecino.*)

Fernando. ¿Oyes, Elvira?

Elvira. ¿Qué es esto?

Fernando. Escucha, mi bien, escucha.
El eco del clarin limpio ha sonado,
al guerrero llamando á la pelea:
el amor de la patria solo sea
el emblema entusiasta del soldado.
No habrá pecho español, valiente, osado,
que viendo que el acero centellea,
no se apreste á lidiar cuando ya ondea
el glorioso estandarte enarbolado.
Castilla y libertad, con letras de oro
en medio del pendon se ve esculpido;

voces que encierran el mejor tesoro
para el que es castellano y bien nacido;
y el patricio leal, valiente y bravo
antes debe morir que ser esclavo.
A Dios, á Dios, Elvira; ya el combate
reclama mi presencia.

Elvira. A Dios, Fernando.
El corazon fatídico me late:
mientras dure la accion estoy temblando.
Proteja el cielo vuestra causa santa.

Fernando. Sí, sí, mi Elvira; que tu dulce acento
me infunde brio y arrogancia tanta,
que desharé imperiales ciento á ciento.
Mis tropas mandaré llenas de gloria
no distantes de tí, querida Elvira.

Elvira. Dios conceda á tus huestes la victoria.

Fernando. Es justa nuestra causa, asi respira;
y conserva entre tanto en tu memoria
al que ciego de amor por tí delira,
y tu mano jamas la mereciera
si á tus plantas no postra infiel bandera.

(*La besa la mano y se retira por donde entró.*)

ESCENA VII.

ELVIRA.

El entusiasmo patrio le acompaña,
y es muy justa la causa que defiende;
mas no de la justicia en la campaña
la decision feliz siempre depende.
¡Protéjele, gran Dios! dale tu ayuda,
y triunfe de la patria el estandarte;
que si hoy la suerte su valor escuda
tendrá la libertad un baluarte.
Tambien mi corazon con patrio fuego
alienta y aborrece á los tiranos:
proteja el cielo el sacrosanto ruego
de los valientes pechos castellanos.
Sucumba la nobleza peleando
con los libres secuaces de Padilla;
que á nuestros padres salvará Fernando,

su grandeza mostrando ante Castilla.
Mas ¡ay! que si ellos triunfan en la lucha
su noble sangre correrá á torrentes:
de nuestros padres la impiedad es mucha,
y esterminio retratan en sus frentes.
(*Se oyen muchas y confusas voces á lo lejos.*)
¡Qué confuso rumor! ¡qué griteria!
De empezar el combate no es la hora,
que aun no ha rayado el resplandor del dia:
veré qué puede ser. ¿Ruiblás? (*Llamando.*)

ESCENA VIII.

ELVIRA. RUIBLÁS, *por la puerta del fondo.*

Ruiblás. Señora.
Elvira. ¿Quién causa la agitacion
que se percibe en el campo?
Ruiblás. Son las marcadas señales
del general entusiasmo
con que á la lid se preparan
los invencibles soldados.
Recorren el campamento
el marques y el conde de Haro,
y por do quiera que pasan
van sus nombres victoreando.
Cada militar ya ocupa
el puesto que han señalado,
y solo la voz de «á ellos»
estan todos deseando.
(*Se oye rumor mas próximo, y Ruiblás aproximándose á la puerta del fondo, dice:*)
Pero hácia aqui se dirigen
el marques y el conde de Haro;
gefes, soldados y pueblo
los vienen acompañando.
(*Se oyen vivas muy cercanos.*)
¿Ois, ois? Ya se acercan:
ved el griro de entusiasmo
con que los fieles pecheros
los saludan á su paso.
(*Se oye victorear por el Conde de Haro al emperador;*

despues se oye dar vivas al conde de Haro, al marques de Denia y á los nobles.)

ESCENA IX.

ELVIRA. EL CONDE. EL MARQUES. VARIOS NOBLES *y* GEFES IMPERIALES.

(El conde desde el fondo, dirigiéndose á los soldados que le victoreaban, entre los que vienen algunos con hachas encendidas, les dice:)

Conde. Gracias, soldados, gracias. Bien conozco
vuestro ardiente valor y vuestro fuego:
con esa decision y esa bravura
no pueden combatir los comuneros.
Retiraos, valientes.

(Los soldados se retiran, y el conde entra en la escena, seguido de los que quedan enumerados al encabezamiento de ella, y dirigiéndose con galantería á Elvira, la dice:)

Conde. ¡Oh señora!
Dispensad, dispensad si en el momento
antes que á vos dirijo mi palabra
del gran emperador á sus guerreros.

Elvira. Cumplid, buen conde, con marcial donaire
las órdenes de un rey tan justiciero;
que es notorio á las damas castellanas
lo galante que sois en los torneos:
pero hoy habla el honor, habla un monarca,
es muy justo atendais tan solo á ellos.

Conde. Gracias, Elvira. Circundadme, nobles,
escuchadme, valientes caballeros.
Llegó el instante con el nuevo dia
de aprestar á la lid los fieles pechos;
y si un cobarde existe entre nosotros
recaiga en él la maldicion del cielo.
Visteis ya el entusiasmo del soldado,
que anhela destruir á sangre y fuego
cuanto en el mundo á resistir se atreva
al arnés imperial y á nuestro acero.
Traidores son al rey los enemigos,

su crimen es fatal, grande su hierro:
pues bien, que paguen con su sangre impura
su inicuo proceder, su desacierto.
Destrúyanse sus chozas, sus hogares,
y sufran del rigor el duro peso:
sus campiñas, sus mieses, sus ganados
reduzca á nada el devorante fuego.
No exista compasion para ninguno:
desgárrense en la lid sus viles pechos,
destrozando sus cotas y armaduras
sin escuchar sus lánguidos lamentos.
Ninguno libre de la accion sangrienta:
los que no queden muertos, prisioneros,
y que mañana degollados sean
en medio de la plaza de este pueblo.
Y si Fernando en el combate se halla,
no tengais compasion, muera con ellos,
que en Castilla he de dar cual siempre á Carlos
de mi fiel sumision la prueba en esto.
¿Lo jurais, nobles gefes?

Todos. Lo juramos.

Conde. Entonces desnudad vuestros aceros,
y repetid blandiéndolos briosos
«perezcan sin piedad los comuneros.»

(*Todos desenvainan las espadas, y cruzándolas entre sí repiten con vivo entusiasmo el precedente verso.*)

Elvira. (*Ap.* Ni aun sentimientos naturales tienen,
pero obedecen al tirano ciegos:
¡ay! si en la lucha la victoria es suya,
bien podeis lamentar, esclavos pueblos,
que os preparan de hierro las cadenas
y oprimirán gozosos vuestros cuellos.)

Conde. Ea, valientes, cada cual ocupe
el marcado lugar, corone el puesto:
vos el de Denia mandareis el ala
del vecino enemigo campamento;
y vos, Velasco, por opuesto lado
cortad á la canalla por el centro.
Triples son nuestras fuerzas, imperiales,
ni uno debe escapar, perezcan luego.
Y yo, aunque anciano, blandiré mi espada
y de sus filas cruzaré por medio,

con mi porte á los nobles infanzones
dándoles de valor hoy un ejemplo.

Un gefe. Ea pues, á la lid: repitan todos
«perezcan sin piedad los comuneros.»

(Todos repiten este verso, y se van por la puerta del fondo, menos el conde y el marques.)

ESCENA X.

ELVIRA. EL CONDE. EL MARQUES.

(En esta escena se irá conociendo gradualmente el resplandor del dia.)

Conde. Y vos, Elvira bella, serenaos,
que entristecida estais, no hayais recelo:
mas bien con la victoria consolaos,
que pronto cubrirá su sangre el suelo.

Marques. Sosiégate, hija mia, estás guardada
por tropas numerosas y valientes:
contamos con vencer, no temas nada,
que hoy los traidores doblarán sus frentes.

Conde. Y yo os ofrezco, hermosa de Castilla,
antes de un hora con galante brio
postrar la espada del infiel Padilla,
y hollada y rota la del hijo mio.

Elvira. Gracias, don Pedro; pero el pecho hidalgo
con su sangre ha tener piedad alguna.

Conde. Mirad, condesa, si os complazco en algo,
que en esto no tendré jamas ninguna.

(Se conocen con bastante claridad los resplandores del dia.)

Ya resplandece con fulgor radiante
el bello dia de estinguir canalla:
salgamos, Sandoval, en el instante,
y encarnicemos luego la batalla.
Quedad con Dios, Elvira, que un momento
que retardemos ya nuestra presencia
debilitar pudiera el ardimiento
y resultar dudosa la pendencia.

Marques. Ni un instante, don Pedro, se retarde,
y decidan las armas la pelea.

Elvira. El justo cielo vuestra vida guarde,
y hoy con los buenos bondadoso sea.

Marques. Sí lo será, lo espero, Elvira bella,
y tú que en su derrota te complaces,
Ruiblás te diga la sangrienta huella
del enemigo campo sin disfraces.
¿Ruiblás, Ruiblás?

Ruiblás. (*Entrando.*) Señor.

Marques. De la pelea
el éxito dirás á doña Elvira.
Colocarte podrás en la azotea,
donde todo se ve si bien se mira.

Ruiblás. Cual lo decís, señor, será cumplido.

Conde. Que os sonría, señora, nuestra gloria.

Marques. Quédate á Dios, mi bien, dueño querido.

Elvira. El no niegue á los buenos la victoria.

(*El conde y el marques se van por el fondo.*)

ESCENA XI.

ELVIRA.

Ellos se juzgan que son
los buenos. ¡Válgame el cielo!
y su fiero corazon
anhela sin compasion
de sangre cubrir el suelo.
Fernando, mi amor, mi bien,
corre y á mis brazos ven,
y escucharás de mi seno
de puro entusiasmo lleno
la voz de patria tambien.
No conocen ellos, no,
de tu pecho la hidalguía,
que la impiedad les negó
penetrar tu bizarría,
pero la conozco yo.
¡Ay! que si ellos abrigaran
tu nobleza en el pensar,
no á los pueblos insultaran
ni sus derechos hollaran
debiéndolos respetar.

(*A este tiempo se oyen muy perceptibles algunos vivas al conde y al marques.*)

¡Eso os ciega y os halaga,
y os hace mas inhumanos!
¿Y hasta cuándo, castellanos,
habeis de sufrir la plaga
de déspotas y tiranos?

(*Se oyen muchos instrumentos de guerra á diferentes distancias en señal de empezar el combate, cañonazos, y ruido de toda clase de armas.*)

Esa es ¡cielos! la señal:
ya empezó el duro combate.
¡Qué sonido tan fatal!
¡Y cómo mi pecho late!
Sin duda anuncia algun mal.
Señora, que desde el cielo
amparais al desvalido
que llora triste en el suelo,
tributad algun consuelo
á un corazon afligido.
Velad desde vuestra altura,
Vírgen celestial y pura
de seráfico candor,
por la virtud y ternura,
por la honradez y el valor.
Mirad de su pecho el fuego,
reparad su edad temprana;
Señora, escuchad mi ruego,
y no hagais sirva de riego
tanta sangre castellana.
Bastante se ha derramado
por intrigas y rencores:
bastante tiempo se ha hollado
y torpemente infamado
la virtud por los traidores.
Concededle la victoria:
dadle ¡oh María! la gloria
de abatir á los tiranos,
y los nobles castellanos
bendecirán su memoria.

ESCENA XII.

ELVIRA. LEONOR. *Despues* RUIBLÁS.

(*En toda esta escena, hasta que lo demuestre el diálogo, se oye el fuego mas ó menos vivo de artillería algo distante. Gritería, ruido de toda clase de armas á diferentes distancias.*)

Leonor. Señora, turbada os veo,
y en ese semblante hermoso
que falta paz y reposo,
sino me engaño, ahora leo.

Elvira. Es cierto, Leonor, no puedo
mi pecho tranquilizar:
ya el cañon se oyó sonar.

Leonor. No tengais, señora, miedo.

Elvira. ¿Quién contiene su heroismo
si el combate se empezó?
Eso es lo que temo yo,
que él se arrastrará á el abismo.

Leonor. ¿Quién sabe? Tal vez ahora
con su alazan arrogante
y con su acero cortante...

Elvira. ¿Y si á mi padre...?

Ruiblás. (*Entrando.*) Señora.

Elvira. (*Con agitacion é interes.*)
¿Qué hay, Ruiblás, quiénes derrotan?
¿de dónde es tan vivo fuego?
Habla; ¿quién gana, quién pierde?
¿Cómo van los comuneros?

Ruiblás. Reñida la lucha está:
los rebeldes y los nuestros
como españoles se baten:
á miles brillan aceros;
y cada cual mas furioso
en los enemigos pechos
hundir su lanza desea:
todos con brio y denuedo
se arrojan á sus contrarios.

Elvira. Mis súplicas oiga el cielo.

Leonor. Tal vez, tal vez la victoria
corone vuestros deseos.

Ruiblás. Mas con ímpetu se lanza
un formidable guerrero,
y á su presencia el desmayo
se difunde entre los nuestros:
se dirige á la bandera
con aterrador aspecto;
huyen los que la defienden,
y victorioso el mancebo
con gentileza y donaire
airoso la ciñe al cuerpo.
Torna á animar á los suyos,
que en marcial ímpetu ardiendo
á un gefe imperial abaten,
y le derriban al suelo.
Mas... ¡grande sorpresa! entonces
el valiente comunero
con su poderosa voz
detiene los golpes fieros
que amagaban su existencia.
Se llega, le alza del suelo,
y en sus corceles montando
viénense aqui dirigiendo.

Elvira. ¡Gran Dios! Bendito mil veces;
tus grandes juicios venero.

Leonor. Recobrad vuestra alegría
y ensanchad ya vuestro pecho.

(*Ruiblás se aproxima á la puerta del fondo y con sorpresa esclama:*)

Ruiblás. ¡Qué asombro! Si es vuestro padre;
y el arrogante mancebo,
sino me engaño, parece
don Fernando el de don Pedro.
Ya estan aqui, se apean...

Elvira. ¡Cielos! qué feliz momento.

Leonor. Sin duda se han convenido
por algun honroso medio
que uno abandone el partido
que antes jurara en su pecho.

(*Leonor y Ruiblás se retiran al entrar el marques.*)

ESCENA XIII.

ELVIRA. EL MARQUES. FERNANDO. (*Este trae la bandera imperial.*)

Elvira. (*Saliendo al encuentro.*)
¿Estais herido, padre?
Marques. No, no es nada.
La herida ha sido leve: bueno me hallo:
desmayado un instante, no he podido
sostenerme brioso en el caballo.
Estuve á riesgo de perder la vida
si el generoso esfuerzo de Fernando
no detiene á su tropa embravecida.
Dale, Elvira, las gracias, y orgullosa
acéptale su amor, yo lo concedo;
porque un alma tan grande y generosa
es muy digna de tí, mi Elvira bella,
y á falta acaso de tu anciano padre
será tu protector, tu buena estrella.
Que no el rubor matice tu mejilla,
no, mi cariño, que lo sé ya todo.
Elvira. Hoy el cielo me colma de ventura...
Fern. Haciendo que á la hermosa de Castilla
su tierno amante de entusiasmo lleno
la postre ante sus pies galante, ufano,
la bandera marcial de un rey tirano.
Sí, sí, mi dulce amor, á tu recuerdo
alentó el corazon, creció mi brio;
y entre las tropas imperiales, fuertes,
impávido crucé, y á mi pujanza
el que osó resistir se vió vencido;
y á los empujes de templada lanza
á nada su valor vi reducido.
Penetro entre millares de guerreros;
ofrécese á mi vista su bandera:
tu nombre pronuncié, y entusiasmado
aunque al paso se oponen mil aceros
me lanzo audaz con denodado brio,
la adquiero, y te la ofrezco, dueño mio.
(*La ofrece de rodillas el paño de la bandera.*)
Elvira. Yo la acepto de gozo enagenada
como prenda de amor, querido dueño:

y el alma á tanto júbilo entregada
lo juzga una ilusion, lo juzga un sueño.
Bien los hechos demuestran tu nobleza,
generoso y valiente castellano:
¿y habrá quienes proscriban tu cabeza,
y traidor te apelliden y villano?

Marques. Primero del verdugo el hierro infando
segará esta cabeza encanecida,
que atenten mientras viva de Fernando
á su gloriosa y apreciable vida.

Elvira. Y la mia tambien, padre querido,
cortarán los tiranos si él perece.

Fern. De gratitud y amor mi pecho henchido
orgulloso respira y se envanece:
¿tanto, tanto por mí? No lo merezco:
si su vida salvé, deber fue mio;
como herido que estaba acompañéle;
mas ya le veo de los riesgos libre;
vuelvo, Elvira, á lidiar, que si un soldado
de los valientes castellanos queda,
morir es mi deber hoy á su lado.

Marques. Cómo, Fernando, ¿volvereis al campo?

Fern. Ahora mismo, marques; mi honor lo manda,
que el pecho que alentó valiente, osado,
vencido se verá, mas no humillado.
Asi, quedad con Dios.

Ruiblás. (*Entrando.*) Señor, tenedle,
que va á perder su vida tan preciosa
entre millares de enemigos fieros:
ya el combate acabó, y el conde de Haro
aqui se acerca, y en su faz furiosa
se retratan del triunfo las señales
victoreado á la vez por imperiales.

Fern. ¡Señor, señor! ¡y el infeliz Padilla
siendo tan bueno se verá vencido!
¡Ay pueblo, pueblo, de la fiel Castilla!
ya estás al carro del tirano uncido.
(*Momento de pausa.*)
Pero no, yo no sufro tal ultrage;
si quedo solo de mis huestes todas,
mi valor me acompaña y mi corage
para morir con honra en la pelea;

que si este campo es de los libres tumba,
sepulcro para mí quiero que sea.
Y si algun dia de la losa helada
sale de libertad el eco agudo
para animar la plebe alucinada,
quiero yo disfrutar de ese consuelo,
y al lado de los bravos de Padilla
dar la voz á los hijos de Castilla.

Elvira. Eso es temeridad, Fernando: mira,
tranquilízate mas, mira mi lloro.

Fern. No destruyas mi fuego, bella Elvira.

Elvira. Por tu vida y mi amor, Fernando, imploro.

(*Se oye victorear de cerca al emperador Carlos V por el conde: luego vivas á este y á los vencedores de los comuneros.*)

Marques. Venid, hijo, venid; y en esta estancia
retirado estareis mientras que templo
de vuestro padre la terrible furia
que le infunde su brio y su arrogancia.

Elvira. Obedece por Dios.

Fern. Bien, obedezco
por complacerte á tí, querida Elvira;
pero el pecho valiente y castellano
solo de rabia y de furor respira
si insultado se ve por un tirano.

(*Se retira por la puerta lateral derecha.—Elvira procura ocultar el paño de la bandera para que no sea vista del conde.—Ruiblás se retira.*)

ESCENA XIV.

ELVIRA. EL MARQUES. EL CONDE.

(*El conde trae ademas de la espada ceñida otra en la mano.*)

Conde. Nuestros reales se ostentan vencedores:
nuestro fue el galardon en la batalla:
no existen huestes ya de los traidores:
quedó estinguida la feroz canalla.
Y á vos, hermosa, de mi patria orgullo,
gozoso os rindo con marcial donaire
la envilecida espada de Padilla,

y con ella sus turbas destrozadas,
y sujeta á mi ley toda Castilla.
No asi la de Fernando, que aunque osado
y valiente arredró las tropas nuestras,
sin duda en la derrota se ha escapado,
salvando con su fuga presurosa
una vida infamada y afrentosa.

Elvira. Como valiente dicen que marchaba
al frente de su tropa embravecida.

Marques. Victorioso tomó nuestra bandera,
y su lanza de sangre enrojecida
triunfal cruzara y entre nuestros reales
afrentara á las tropas imperiales.

Conde. Mas eso, Sandoval, no es valentía:
un traidor á su rey nunca es valiente:
pero mañana llegará ya el dia
de esterminar los restos de esa gente.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. UN OFICIAL.

Oficial. Los prisioneros que hay entre las filas
esperan vuestras órdenes, y el sitio
do se han de conducir saber queremos.

Conde. A oscuro calabozo hasta mañana,
y amarrados con hierros los tendremos.
Y al rayar los fulgores de la aurora,
á la voz de pregon de negra infamia
derrámese su sangre vil, traidora.
Degollados serán por el verdugo.

Oficial. ¿Los gefes nada mas?

Conde. No, todos, todos;
que gefes y soldados son traidores;
para todos se estienden mis furores.
Y para mas baldon de los Padillas
la casa do moró será arruinada;
y para honor y prez de nuestras villas
con suntuosa pompa levantada
será en su mismo sitio una columna,
en cuyo centro se verá una lápida
que transmita á los siglos venideros

la infamia de los viles comuneros.
Oficial. Conforme lo mandais será cumplido.
Conde. Repártanse ginetes por los lados
siguiéndole al obispo su sendero,
que acaso por Fernando protegido
ponerse en salvo juzgará el villano
creyendo que con él va guarecido.
Pero no, no lo irá, que el conde de Haro
no mira dignidad ni gerarquía
cuando á su digno rey presta su amparo;
y si un príncipe real se sublevara
al príncipe tambien le castigara.
Asi en su busca volarán ligeros,
y en el mismo recinto do se alcancen,
sin respetar su cuna y sus honores
tras la canalla vil fieros se lancen,
sin olvidar jamas que son traidores;
y corriendo los dos la misma suerte
en premio á su traicion hallen la muerte.
Oficial. Sereis en el instante obedecido.
(*Se va por el fondo.*)
Conde. Asi vereis, marques, asegurada
la ley que impone el aleman guerrero:
para nadie tendré piedad alguna;
hoy mas que nunca la venganza anhelo,
y si Fernando se halla por fortuna,
pronto su sangre regará este suelo.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. FERNANDO.

Fern. Rasgad si os place el denodado pecho
que á millares las lanzas respetaron:
rasgadle, padre, derramad la sangre
que juntas vuestras tropas no lograron.
Conde. Tanta audacia, Fernando, no comprendo:
¿con la frente cubierta de mancilla
te presentas al conde vengativo
que á ninguno perdona de Padilla?
Pues bien, Fernando, tu cabeza pague
la ofensa contra un padre cometida.

Marques. Tened un poco vuestro ardiente fuego:
primero, conde, mutilad la mia,
y antes que en la del noble comunero
embótese en mi sangre vuestro acero.
Conde. ¿Qué es esto? ¿En dónde estoy? En quién confio?
¿Sois acaso tambien de los traidores?
Marques. Reportaros, don Pedro, y escuchadme.
Con generoso esfuerzo y noble brio
en el combate me salvó la vida
oponiendo su pecho á los furores
de su tropa valiente, embravecida.
Mi accion es un deber, que si omitiera
ni ser noble ni grande mereciera.
Fern. Gracias, gracias, marques: dejad que un padre
que es el ciego instrumento de un tirano
destroce sin piedad su propio pecho.
Elvira. (Calla, Fernando, que si mas le irritas,
aun será contra tí mas inhumano.)
Conde. Es propia de los tuyos la arrogancia;
mas no olvides, Fernando, el juramento
que á Carlos hice de estinguir rebeldes
haciendo con sus vidas escarmiento.
Con todo, quiero ser hoy generoso:
abjura del partido en que has estado,
trueca tu acero vil, ignominioso,
por la lanza gloriosa de un soldado
que defienda á un monarca bondadoso,
y entonces vivirás lleno de honores
castigando tu brazo á los traidores.
Fern. Guardad, padre, la oferta generosa
que conmigo mostrais en este instante
para un alma cobarde y ponzoñosa,
que á la mia, señor, es denigrante.
Los honores, el fausto, la grandeza
téngalos en buen hora quien los plugo:
yo al esponer con gloria mi cabeza
no ambicioné mas lauro ni nobleza
que romper de mi patria el férreo yugo:
si la suerte fue adversa en el combate
mi cabeza está aqui, venga el verdugo.
Conde. ¿A tal punto te lleva tu insolencia
que hasta rehusas el perdon de un padre?

Fern. Agradezco, señor, vuestra clemencia,
mas creo que á tal precio no me cuadre.
Nunca puede mi pecho ser perjuro,
ni infiel mostrarse con el fiel Padilla:
venga, venga la muerte, que yo juro
no desmentir el nombre de Castilla;
y si mil vidas hoy, padre, tuviera,
con gloria y con honor las ofreciera.

Conde. Pues bien, ingrato, pagarás tu audacia:
la muerte sufrirás con los traidores.

Marques. Don Pedro, reparad...

Conde. Nada reparo.

Fern. Pronta está mi cabeza, padre mio.

Elvira. Que no os cieguen, señor, vuestros furores:
siempre fuisteis con damas caballero,
y si en combates ostentais el brio
con ellas olvidais que sois guerrero,
y galante os rendís á su albedrío.
Pues ved, don Pedro, á una afligida dama
que suplicante y de dolor transida
¡ay! de Fernando por su vida clama,
y á vuestros pies está tierna y rendida.

(*Se arrodilla, y al concluir los cuatro versos siguientes el conde la alza de la mano.*)

Si víctimas buscais, y una es precisa,
la triste Elvira su cabeza ofrece
orgullosa de amor, tierna y sumisa,
si el valiente Fernando no perece.

Fern. ¡Angel, angel de Dios! tú eres del cielo
y no debes morar entre los hombres,
que en esa faz nevada y purpurina
se oculta un alma pura y heroina.

Conde. Nada quiero negarte, Elvira hermosa:
si su vida la salva, á ti lo debe;
que oculte su existencia vergonzosa
lejos, lejos de aqui, su pecho aleve;
mas si en la fuga los soldados le hallan
el peso de la ley entonces sufra.
Que no replique mas, no quiero oirle
ni saber si reposa en este mundo;
mas antes de partir debo advertirle
que si un momento mas desde hoy respira,

no me lo debe á mí, lo debe á Elvira.
(*Se va por el fondo.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ELVIRA. EL MARQUES. FERNANDO.

Fern. ¿Este es el padre que me diste, cielo?
¿La sangre es esa que en mis venas corre?
Bien conozco ¡gran Dios! cuál es su anhelo:
su sangre quiere que de mí se borre.
¿Y en tanta soledad y desconsuelo
quién del vencido la afliccion socorre?

Marques. En mí hallareis un padre bondadoso,
y en vos mi Elvira el mas honrado esposo.
Renuncio ya desde hoy á mis honores:
no quiero la nobleza envilecida:
tengan otros el cargo de opresores
de la plebe infeliz embrutecida.
Conozco por vuestra alma los horrores
de aquellos que el mandar solo es su vida;
y hoy mis placeres se verán cumplidos
con veros para siempre reunidos.

Fern. Vuestra voz, padre mio, me da aliento;
y aunque el pecho me late de amargura,
olvido mi pesar y sufrimiento
con vuestro eco amoroso de ternura.
Con mi trabajo ganaré el sustento
para vos y este arcangel de ventura,
y lejanos por siempre de este suelo
la distancia será nuestro consuelo.
Y si hoy la fuerza dominó á Castilla
de sus hijos hollando los derechos,
y muere en un cadalso el gran Padilla
quedando sus ejércitos deshechos,
el eco de los libres sin mancilla
desarrollado ha ser en otros pechos,
y entonces los valientes castellanos
harán morder el polvo á sus tiranos.

FIN DEL DRAMA.